

La crisis de Huachipato, una discusión pendiente

La crisis provocada por el cierre de Huachipato es parte de un drama que responde a “una crónica de una muerte anunciada”, dado que voces autorizadas lo venían señalando desde hace bastante tiempo. Su ocurrencia es parte de los últimos capítulos de un paulatino proceso de desindustrialización que se inició en Chile en los albores de la dictadura militar cuando el régimen de la época decidió poner término a la llamada “industrialización por sustitución de importaciones (ISI)”, proceso que con una importante participación del Estado permitió el desarrollo de una base industrial en sectores como la generación eléctrica, la producción de acero, la refinación de petróleo y otros sectores conexos como el forestal, celulosa, ferrocarriles, automotriz, electrónica, línea blanca, textiles y muchos otros.

El modelo ISI estuvo vigente por casi cuarenta años y operó sobre la base de una protección arancelaria cuya tasa promedio alcanzó al 90%. A pesar de sus méritos el modelo se fue agotando al no mostrar signos de competitividad y generar fuertes presiones inflacionarias y déficit fiscal. Ante ello, en un proceso inconsulto, el gobierno militar decidió bajar súbitamente la tasa arancelaria a 6% y cuyas consecuencias fue el cierre o la quiebra de importantes sectores de la industria nacional.

En la región del Biobío, el cierre paulatino de industrias ha provocado una disminución en el aporte al Producto Interno Bruto. El pleno apogeo del modelo ISI la región aportaba un 14% al PIB, hoy esta contribución no supera el 6%. En su reemplazo la economía regional ha derivado hacia la producción y exportación de productos forestales, pesca y hacia una importante área de servicios (inmobiliaria, comercio y transporte).

Lo anunciado en estas últimas semanas y las alarmas que se han encendido, deja en evidencia la urgente necesidad de un debate sobre la estrategia de desarrollo para el país y sus regiones en el siglo

XXI. En este escenario, ¿debemos continuar con un modelo de total apertura externa, cuya base exportadora sean materias primas sin ningún valor agregado o podemos aspirar a un modelo que dé cabida a una industria basada en tecnologías 4.0 (internet de las cosas, robótica, inteligencia artificial, cadenas de bloques, etc.) y en que las pequeñas y medianas empresas puedan tener un rol destacado? ¿Es posible cambiar el rumbo actual? La experiencia internacional es nutrida en casos de países que optaron por un camino diferente, poniendo por delante un desarrollo industrial orientado a la exportación, a partir de un rol activo del Estado que se complementa con el esfuerzo privado.

Las experiencias a que hacemos mención son las economías del sudeste asiático, como Hong Kong, Taiwán, Corea del Sur y Singapur. Más tarde se agregaron Malasia, Tailandia, Indonesia y de modo muy notable China. Sus resultados han sido muy exitosos, aunque no exentos de problemas. Su estrategia ha sido un proceso de industrialización para la promoción de exportaciones con participación de privados e importante gestión del Estado, subsidios, créditos de bajos intereses, importantes tasas de ahorro y una importante inversión en educación y en ciencia y tecnología a una tasa del 3% de su PIB. Hoy no es suficiente responder con paliativos de emergencia, se requiere un amplio debate que ponga por delante el interés de nuestro propio desarrollo regional, sin esperar que los intereses centralistas vengán a resolver lo que parece no ser un tema nacional.



LUIS MÉNDEZ BRIONES

Doctor en economía y profesor de la Facultad de Ciencias Empresariales, Universidad del Bío-Bío, Concepción